

L u i s B e r t r á n

NOTAS

para una historia de la
producción editorial del
país en el primer
centenario de
su indepen-
dencia



M O N T E V I D E O 1 9 3 1

L u i s B e r t r á n

NOTAS

para una historia de la
producción editorial del
país en el primer
centenario de
su indepen-
dencia

1



M O N T E V I D E O 1 9 3 1

TIRADA ESPECIAL DE 200 EJEMPLARES
PARA LA "IMPRESORA URUGUAYA" S. A.
CERRITO ESQUINA JUNCAL
MONTEVIDEO



E N V I O

HACE años — ¡felices tiempos aquellos! —, cuando te leía mis «cosas» y te decía que yo siento siempre la necesidad de dedicar mis libros a alguien, tú me preguntabas con un cierto mohín de envidia: «¿Por qué no me dedicas algo a mí? Nunca me dedicas nada».

Recordarás que yo te contestaba: «Ya te dedicaré algo; ya verás. Tiene que ser algo que no lo pueda dedicar a nadie más que a ti».

Ahora ha llegado la ocasión. Este libro, el más pequeño en hojas de todos los que he publicado, está en cambio más lleno que ninguno del cariño que siento por esta tierra que es la tuya, la mía por libre y espontánea adopción y la de nuestros hijos. A nadie pues, más que a tí, podría dedicarlo.

Como verás, y aunque quizá nadie lo haya advertido, estas páginas son un canto de admiración y de entusiasmo; también un homenaje de mi gratitud porque Dios te puso aquí en mi camino.

Al final de la vida, cuando ya no esté a tu lado y nuestras hijas sean mayores a su vez, tú sabrás decírselo. Y ese será, quizá, el mejor recuerdo que puedas hacer de mí.

L. B.



1



N

O CENSURO A NADIE PERSONALMENTE NI A NINGUN ORGANISMO EN PARTICULAR O EN GENERAL; ME LIMITO A SEÑALAR LA OMISION — QUE DESDE MI PUNTO DE VISTA CONCEPTUO GRAVE — Y TRATO DE SUBSANARLA MODESTAMENTE AHORA, DESPUES DE HABER ESPERADO A QUE

otros, más autorizados quizá, lo hiciesen.

Es el caso que muchos aspectos de nuestra actividad nacional se han conmemorado y festejado con todos los honores, desde luego, merecidos todos ellos, sobre todo por la máxima celebración del primer centenario de nuestra independencia, con la que se han hecho coincidir, muy atinadamente, por cierto, aquellas conmemoraciones. Pero, entre todas éstas, se ha olvidado festejar y enaltecer, como se merecen, los esfuerzos de la producción editorial del país a través de la centuria que acaba de transcurrir. Y eso es lo que me propongo hacer con estas sencillas "notas", que otra cosa no pueden ser, dada la naturaleza de este trabajo periodístico, esperando a que más tiempo del que ahora dispongo, me permita componer el libro amplio y detallado que exigen los esfuerzos, verdaderamente notables, que el país ha llevado a cabo en ese aspecto importantísimo de sus actividades.

C

ONVIENE ACLARAR BIEN EL CONCEPTO DE LA PALABRA "EDITAR" PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE ESTAS "NOTAS".

MUCHA GENTE, ENTRE LA QUE SE CONTARIAN NO POCOS LITERATOS, PERIODISTAS, ETC., ENTIENDEN POR "EDITAR" ALGO PARECIDO A

"publicar", cuando en realidad son dos cosas muy distintas, aunque pueden ser — y lo son comúnmente — afines.

"Publicar" no significa más que "hacer pública una cosa", ya sea por el diario, por la revista, por el grabado, etc. Distribuírla entre el público, hacerla llegar "convenientemente" a éste, elegir el autor, la obra y la imprenta: he ahí lo que es *editar*.

En el Nuevo Mundo, por una serie de razones que no es el caso ahora exponer, no abundan los *editores* de libros; abundan más los de diarios y revistas.

Esta circunstancia hace que muchos autores americanos—la mayoría—tengan que ser autores y editores de sus propias obras. Hago la salvedad de que en esta categoría no están incluídos los autores que, por no conocer ni remotamente lo que es la actividad editorial, se editan ellos mismos sus obras creyendo librarse así de la "voracidad" y de la "explotación" de un editor... ¡Dios les conserve las ilusiones!

Como he de volver luego sobre la conveniencia de que exista el Editor como un factor casi indispensable del progreso de las Artes Gráficas, o de la Imprenta, dejo ahí ese asunto.

Ahora bien: el autor, en su especialidad, puede ser un genio. Como editor puede ser, al mismo tiempo, un ignorante, y así se ve a muchos del gremio que cada vez que publican por cuenta propia un libro, le dicen al impresor:

“—Usted mismo... Más o menos, como los demás... Ya sabe, que salga baratito...”

Otros, tocados de cierta pedantería, o quizá porque han oído campanas y no saben dónde, se preocupan sólo de la tapa del libro; los hay más radicales que dicen que el libro debe ser siempre muy barato para que llegue a todos. Son los bárbaros que venderían el genio a vintén el kilo; los que dicen que el papel, el tipo, etc., de un libro no importa, que lo que importa es el *contenido*, como si el tipo, el papel, la encuadernación y las ilustraciones no fuesen *contenido*!

Ante ese oleaje de ignorancias, el impresor, contra su buena voluntad, tiene que cortar por la calle de en medio: hace la composición de *embutido*; pone el papel que tiene de “clavo”; y, para no salirse de la baratura que le han pedido, encarga de la impresión general a un medio oficial tipógrafo, “que más o menos entiende esos asuntos...”.

Así salen los *libros* después, que en vez de tales, son un conjunto de hojas de mal papel, sucias de tinta de imprenta.

Editar, entonces, es lo que queda dicho: después de haberse entendido con el autor de la obra, tomar ésta y hacerla imprimir técnicamente y colocarla también de acuerdo con el mismo criterio.

Al hablar, pues, aunque sea sumariamente de lo más saliente en la producción editorial del país en el siglo que acaba de pasar, me refiero a ese aspecto de nuestras artes gráficas, de nuestra imprenta, hasta llegar al momento actual que es de verdadera y sana madurez en el esfuerzo.



E

N LOS COMIENZOS DEL SIGLO XIX LAS EDICIONES EUROPEAS EMPIEZAN A ADQUIRIR UNA LINEA CASI GENERAL A BASE DE SOLIDEZ EN LAS ENCUADERNACIONES, DE BUEN PAPEL, SOBRE TODO GRUESO, DURADERO, DE TIPOS GRANDES, CLAROS—, AUNQUE NO MUY DEPURADOS EN EL

estilo y en la nitidez;—impresión fija que permanece inalterable por mucho tiempo, aunque las tintas adquieran, al cabo de los años, el color de “pelo de rata”.

Francia y España surten al Nuevo Mundo.

En nuestro país, la primera publicación que ve la luz es “The Southern Star”, periódico inglés, que quiere decir “La Estrella del Sur”. El 9 de Mayo apareció el folleto anunciador de esa publicación y el primer número lleva la fecha del 23 del mismo mes y año, 1807.

“La Cruz del Sur” era semanal; aparecía los sábados y estaba redactada en inglés y en castellano.

Dardo Estrada, en el prólogo histórico de su obra: *“Historia y Bibliografía de la imprenta en Montevideo”*, dice, (pág. 7), que “La Estrella del Sur” “poco se relaciona con la verdadera imprenta nacional, si no es en orden de prioridad”. Asegura que “no tuvo arraigo en la colonia”. Para este autor, de donde debe arrancar la tradición tipográfica de nuestro país es de la imprenta conocida vulgarmente por “La Carlota” “que, al servicio de los intereses españoles en Montevideo, que eran nuestro pasado, puede considerarse como el punto de arranque del movimiento de la imprenta en nuestro país”. (Ob. cit. págs. 7 y 8).

Se trataba de una imprenta que, desde Río Janeiro remitió, regalándola, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII, rey de España, y esposa de Juan VI de Portugal. A raíz de la invasión napoleónica,

la princesa se refugió en el Brasil y, desde allí, remitió a nuestra capital la imprenta para que sirviera de medio de defensa y propaganda de la causa realista. De ahí el nombre de "La Carlota" que el vulgo puso a esa imprenta.

De ella nació el 8 de Octubre de 1810 el Boletín anunciador de la Gaceta que habría de imprimirse. El primer número de ésta apareció el 13 del mismo mes y año. Terminó su existencia, con la de la dominación española, el 23 de Junio de 1814. Había vivido, pues, cerca de cuatro años.

Esa imprenta fué llevada a Buenos Aires el 25 de Febrero de 1815, cuando Montevideo fué evacuado por las tropas del Directorio. Nos fué devuelta, a requerimientos insistentes de Artigas, en Mayo de ese mismo año. Y unos meses después, el 14 de Octubre, ve la luz el Prospecto del *Periódico Oriental*, "primer fruto de la prensa de nuestro Estado Libre Oriental", según reza la comunicación oficial respectiva.

Desgraciadamente, el doctor Vidal, después de escribir aquel Prospecto, renunció a su cargo de Director, y como no se le hallase sustituto, el "Periódico Oriental" quedó "en prospecto", como dice Estrada. (Ob. cit. pág. 15).

Si la manifestación periodística de nuestra naciente imprenta quedó reducida a eso, en cambio el mismo autor declara (pág. 15) que revisando el Archivo General halló una "Relación de las existencias pasadas y presentes, trabajado en el primer cuatrimestre de 1816", que sólo da noticia de haberse impreso *varias cartillas, catones y algunas canciones patrióticas en hojas sueltas*".

Soy yo el que subraya aquí y lo hago para insinuar que, muy verosímilmente, esas *cartillas* y esos *catones* fueron los *primeros libros* que se imprimieron en el país, amén de algunos calendarios de cuyo detalle no tengo tiempo ni espacio para ocuparme aquí, ni de otros hechos al menudeo que se han registrado sobre las primeras transformaciones de la imprenta en nuestro país.

Veamos los libros.

La imprenta de Torres, que fué traída de Buenos Aires, como la de la Caridad, imprimieron algunos y algunos folletos hasta el año 40 y, según el autor que sigo, sus impresiones son "las mejores que hayan salido de prensas nacionales antes del año 50". (Pág. 19). En ellas hay que incluir las obras de la casa Ayllones y Cía. No obstante, todas esas imprentas se especializaron más en la publicación de periódicos o gacetas.

El ejército libertador uruguayo que se hallaba en campaña, llevaba consigo una imprenta, traída por Don José de la Puente, que funcionó en Durazno, San José y Canelones. Claro es que su principal misión sería publicar decretos, bandos, órdenes, etc. Estrada, (pág. 20) agrega: "Lo único que de esta imprenta conozco, en forma de libro, es un opúsculo conteniendo un manual para jueces de paz, del año 27, que existe en la Biblioteca Nacional".

Como esta obra la conocemos "con pelos y señales" y como además se conserva en nuestra Biblioteca Nacional, bien podemos saludar en ella a un venerable y glorioso antecesor de nuestra producción editorial.

Pero es el caso que cuando en ese sentido de fechas, títulos, autores y editores queremos concretar como es debido, caemos en un espacio nebuloso. Así, el mismo Estrada, pág. 21, dice textualmente:

"El método cronológico no ha podido ser aplicado en absoluto como era nuestro deseo, por hallarse casi todos los números que entran en esta monografía impresos sin colofón; en algunos de ellos podía haberse rastreado el día y el mes en que terminó la impresión, sobre todo en las colecciones de documentos y publicaciones oficiales, pero éstos son los menos. Algunos folletos y aún libros aparecen sin pie de imprenta, y como ningún impresor empleaba escudete, se hace casi imposible averiguarlo; quedan aquellos adornos singulares, marcas tipográficas y pequeños moldes que, con la frecuencia de su empleo pudieran dar lugar a

que, con alguna certeza, se pudiera diferenciar un impresor de otro; pero, después de una prolija confrontación que dió escaso resultado, he resuelto abstenerme de toda indicación, salvo en aquellos casos en que por otras causas, generalmente accidentales, he venido a saberlo."

Estamos, pues, punto menos que en completa obscuridad. Además, no nos hemos propuesto aquí, lo repetimos una vez más, hacer la historia detallada de la producción librera del país en aquellas épocas. Como resumen, o dato de carácter general, creemos que pueden bastar los rasgos anotados.

De todos modos, quizá no esté de más recordar que el primer folleto de que hace mención Estrada, pág. 24, es uno de 16 páginas de 10×16 centímetros y que lleva por título: "Reflexiones|de|un verdadero|Español|Dirigidas|a los|Individuos, y amigos|de|la|Junta Provisional|de|Gobierno|de|Buenos Aires.|En la Imprenta de la Ciudad de Montevideo." Lleva la fecha del 16 de Noviembre de 1810 y lo firma "El Español Americano". Existe en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Después de un "Almanak" para el año 1826, impreso en la Imprenta de la Caridad, que contiene 32 páginas de 9×13, hallamos en 1826 una Memoria de carácter administrativo que ya tiene 60 páginas de 11×15. Se halla esta última pieza en la biblioteca de R. Montero Bustamante. (Ob. cit. pág. 44). La primera edición de la Constitución de la República, sancionada por la Asamblea General Constituyente y Legislativa del 10 de Setiembre de 1829, fué impresa por la Imprenta Republicana, calle de San Luis N.º 31. Cuenta 38 páginas de 9×16.

Como se ve, los tiempos han cambiado. *¡Et pour cause!* La imprenta de "Carlota", regalo principesco, ha sido sustituida por la *imprenta republicana*.

Teniendo en cuenta la "costumbre" española de definir por "folleto" toda publicación que contenga 50 páginas, el primer *libro* que hallamos en la obra de Estrada es un Com-

pendio de Historia Sagrada seguido de un Diccionario latinospañol, por Marcos Sastre. Tiene 162 páginas de 8×12 y salió de las prensas de la Imprenta de la Caridad en 1832.

Así siguen otras obras hasta llegar a 1835 en que aparecen los *tomos* I y II de "El Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya". Se imprimió en la Imprenta Oriental, San Fernando 11. El primer tomo consta de 290 páginas de 9×16. El tercero, aparecido en 1837, consta de 334 páginas. El tomo primero y el último de la obra, están en nuestra Biblioteca Nacional; el 2.º en la de Buenos Aires.

En esta obra, tan hermosamente detallada por Estrada en la suya, podemos ver, pues, la primera edición *grande* del país. El primer tomo, impreso en un pésimo papel que hoy llamaríamos "de diario", y con tipo viejo, tras una nota editorial de dos páginas, se abre con una comedia en tres actos del doctor don Carlos G. Villademoros, titulada: "Los Treinta y Tres". La escena, "en la costa de la Banda Oriental del Río de la Plata". En la lista de personajes se encuentran los Lavalleja, Juan y Manuel; Oribe, Zufriategui, etc. El final de la obra alcanza a la página 44 que se cierra con este grito de "Todos": "Sí queremos, salvar la Patria y a salvarla vamos".

Todas las composiciones llevan viñetas y remates artísticos que deben ser grabados en acero. La ejecución es primorosa.

El tomo 3.º de esta colección, a páginas 145 a 156, inserta una "Explicación Mitológica de los Doce Signos del Zodíaco" que firma nada menos que don Francisco Acuña de Figueroa. Se hace constar que es una obra inédita. Cada signo zodiacal está explicado en una décima seguida de notas aclaratorias por el mismo autor. Los dibujos que ilustran los meses son también primorosos. El papel es ligeramente mejor, pero los tipos son más nuevos y la impresión más esmerada.

La edición de esa obra se hacía por suscripción, cuya

lista se insertaba al final de los tomos. Lo curioso de esas listas es que los nombres figuran por orden alfabético de los patronímicos y no de los apellidos.

En esas fechas, pues, ya teníamos establecidas las empresas editoriales del país en franca afirmación de sus actividades: periódicos, revistas, libros de texto, obras científicas y literarias, almanaques inclusive.

A partir de ese momento y para los fines someros de este modesto ensayo, ya no nos interesan mucho otros detalles posteriores. Podemos resumirlos todos diciendo que las obras que se imprimían en el país, por su tipo editorial, seguían las líneas generales de la producción europea.

Así llegamos a agotar todo el siglo XIX y entramos en el siguiente, en el cual se advierte, aquí también, el enorme desbarajuste editorial que el anterior imprimió en esa rama de las actividades humanas al poner al alcance de todo el mundo la posibilidad de ser impresor o editor.

Puede decirse que, en esa segunda época de nuestra evolución editorial, las ediciones uruguayas cayeron en el tipo más lugareño que darse puede, excepción hecha de algunas obras de texto.

Pero el futuro inmediato nos compensará con creces, y hétenos en la tercera época de esta transformación: la época moderna, que es la más importante de todas, tanto por la rica variedad de sus elementos particulares como por la importancia y transcendencia de los esfuerzos realizados.

(18-II-981).





2



A

NTIGUAMENTE SE ENTENDIA POR "LIBRO POPULAR" EL LIBRO QUE PASABA DE MANO EN MANO LLEVADO POR LA FAMA, Y CUALQUIERA QUE FUESE SU PRECIO. DESPUES, ESE CONCEPTO SE HA TRANSFORMADO PARA NO REFERIRSE MAS QUE AL LIBRO BARATO. LA "POPULARIDAD",

entonces, se busca a "posteriori". Antes, por su contenido, se pretendía que el libro llegase a todas las manos y, si eso lo lograba, era cuando verdaderamente se llamaba "popular". Creemos que ese es el sentido correcto del concepto. Pero después—y no tengo tiempo ni espacio para buscar una explicación a ese fenómeno, la que, por otra parte, salta a la vista,—se pretendió invertir la trayectoria: llevar los libros—o algunos de ellos—a todas las manos por su baratura y así entrarían en la zona de la fama. Por lo menos serían muy conocidos, muy leídos. En realidad no es más que una de tantas manifestaciones de los principios del "Trust".

En nuestro país, el iniciador de esa clase de ediciones fué Orsini Bertani, que puso en circulación infinidad de obras nacionales y extranjeras a un precio bajísimo: 0.30 el ejemplar.

Bertani, justo es reconocerlo, no halló en el público en general el eco que debía haber hallado. Tras de no pequeñas pérdidas y esfuerzos, las ediciones de su casa tuvieron que cesar. Pero este vicio del "papel impreso"—que tiene múltiples manifestaciones—cuando se apodera de uno es para toda la vida, y así vemos que, años después, el mismo Bertani emprende otra aventura editorial, lanzando a la calle la publicación mensual que se llama "La Pluma", que en nuestro ambiente, es un esfuerzo editorial "gigantesco". He dicho "gigantesco" y no vuelvo atrás el adjetivo ni, al estamparlo,

me olvido de "La Cruz del Sur", ni de "Alfar", siempre muy bien presentadas, pero cuya organización editorial es completamente distinta a la de "La Pluma".

Bertani, pues, echó la semilla de las ediciones populares. Y algunos de sus frutos, que ya se iban cargando de polvo en sendas pilas, pasaron a manos de Claudio García, el de "La Bolsa de los Libros" que es para mí el que más sabe de libros en el Uruguay y también el que más los lee, al revés de otros libreros y editores que teniendo más libros, los leen menos.

Claudio García imprimió un gran impulso al libro popular. En su catálogo abundan los precios de 0.35, 0.40, 0.50 y, cuando más, de 0.70 y 1.00 el tomo. Están allí firmas nacionales de primera línea y traducciones de autores de fama universal.

Las obras de Javier de Viana fueron publicadas en esa casa en volúmenes de 0.50 y 0.70 cada uno, y en conjunto significa una empresa editorial que abarca "cuarenta mil" volúmenes. Me parece que es un total bastante respetable.

Pero su catálogo comprende, además, el Derecho, la Sociología, la Pedagogía y obras varias.

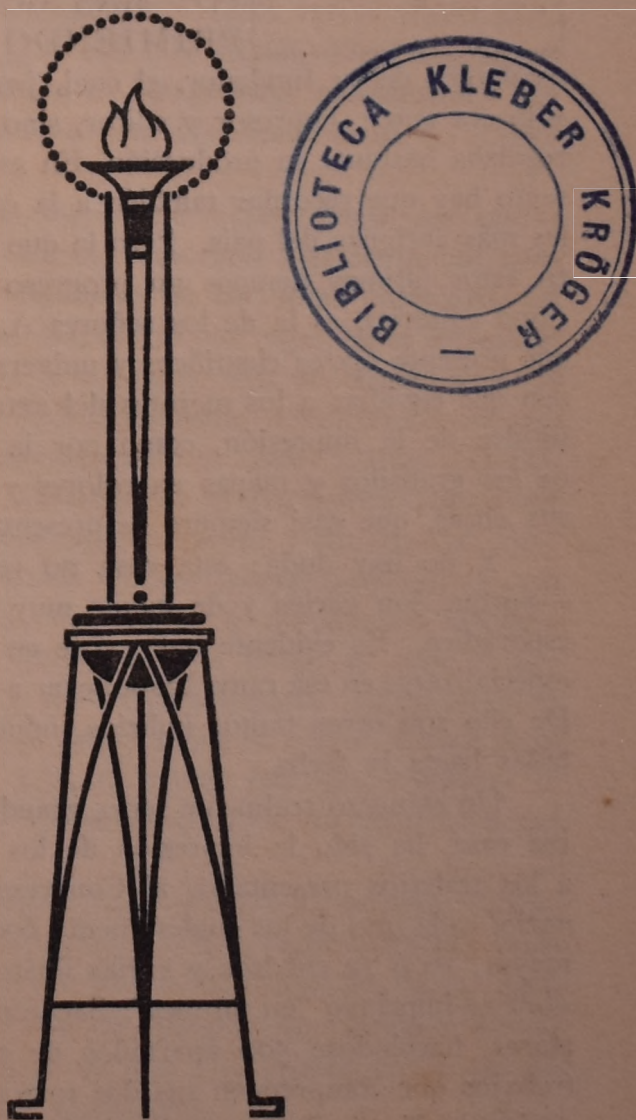
Ultimamente, también García ha tenido que convencerse de que las obras literarias, aun en ediciones baratas, aun siendo universalmente conocidas, no pueden soportar la avalancha de la literatura periódica que viene del extranjero ni variar el curso de las aficiones de la gente joven de hoy: los deportes y el arte de, y para negros!...

Debido a eso, ha iniciado, por ahora, un compás de espera en ese género de ediciones y ha evolucionado prudentemente hacia las obras de Derecho, en las que, en poco tiempo, ha formado ya un repertorio de 72 obras, en rústica y encuadernadas. Hay que agregar las obras de carácter pedagógico, algunas de ellas, como las "cartillas" escolares, que se han impuesto definitivamente.

En resumen: el libro popular creado aquí por Bertani, pasado luego a manos de Claudio García, puede decirse que

ha pasado a otra vida. Han sido dos esfuerzos notables, sobre todo el segundo, y han sido también dos amargas realidades.

Por lo demás, la permanencia de “La Bolsa de los Libros” a través de tantos y tantos años como cuenta de existencia, dice bien a las claras el esfuerzo que en sí misma significa.



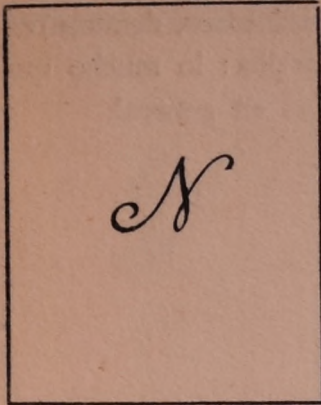
29

ARIOS SON LOS INDUSTRIALES QUE EN NUESTRO PAIS HAN IMPRESO E IMPRIMEN OBRAS O TEXTOS ESCOLARES. LA LIBRERIA VAZQUEZ CORES, —QUE SIENDO LA QUE TIENE LA PUERTA MAS ESTRECHA, ES LA QUE TIENE EL “TROMPO” MAS GORDO—SIGUE IMPRIMIENDO LAS OBRAS Y

cuadernos de su fundador, el cual, justo es recordarlo, no sólo era autor, impresor y editor, sino que, por añadidura, regalaba bastante su producción. En este ramo del libro de texto hay que recordar también a la casa Barreiro, una de las más antiguas del país. Pero la que para mí ha marcado en estos últimos tiempos un progreso notabilísimo en ese ramo editorial, es la de los señores A. Monteverde y Cía., que presenta textos científicos y universitarios que nada tienen que envidiar a los mejores del extranjero, tanto por la nitidez de la impresión, como por la perfecta realización de los grabados y mapas en colores y el acabado total de sus obras, que casi siempre se presentan encuadernadas.

Y no hay duda: esta casa no realiza esos esfuerzos —porque son varios y de índole muy distinta— en forma esporádica. Es evidente que existe en ella el propósito de especializarse en esa rama hasta llegar a poseerla en absoluto. De ello son otros tantos indicios indudables las obras editadas hasta la fecha.

Un esfuerzo realmente serio, grande, llevado a cabo por esa casa, ha sido la impresión de los dos tomos relativos a los trabajos presentados al Congreso Médico del Centenario, cada uno de los cuales cuenta 600 páginas de tamaño mayor, 10 ó 12 cuadros y varias ilustraciones en color. La obra se imprimió “en un mes”. Sacáronse a luz 1.500 ejemplares, haciéndose 500 apartados de cada uno de los 50 trabajos que comprenden sus dos tomos. Todo un “record” nacional. Y, técnicamente, impecable.

N

O SOLAMENTE LAS CASAS GRANDES HAN REALIZADO GRANDES PROGRESOS EDITORIALES, LO QUE EN LINEAS GENERALES ES FACILMENTE EXPLICABLE, SINO QUE HASTA ALGUNAS CASAS TENIDAS POR "CHICAS" O MODESTAS, TAMBIEN LOS HAN REALIZADO DE UN MODO NOTABLE, LO

que dice mucho respecto de las grandes posibilidades que en nuestro país puede tener esa importante rama de la producción nacional.

Por ejemplo, son dignos de citarse estos tres casos: el de la "Imprenta Nacional Colorada", ganando por concurso de precios la impresión de las obras completas del doctor Zorrilla de San Martín, lo que significa la impresión de 55.000 volúmenes, si no estoy mal de datos; y el de los Talleres Gráficos "El Demócrata" al imprimir de una sola tirada 10.000 ejemplares de la obra "Cartas Femeninas" de Juana de la Ferlandiere, en papel ilustración, con numerosísimos grabados-reproducciones y sin ofrecer lugar a críticas de fondo. Estos mismos talleres produjeron otro esfuerzo al publicar la "Historia de la dominación española en el Uruguay" de Bauzá, en dos tomos de 505 y 456 páginas, en 8.º mayor y letra muy compacta. El esfuerzo en este caso se mide por el precio a que se vende la obra completa en librerías: \$ 3.50, de donde hay que descontar la ganancia del editor o administrador, de las librerías y del autor.

Los mismos Talleres "El Demócrata" se han organizado también como editores de obras exclusivamente católicas, lanzando al mercado una edición popular de la "*Imitación de Cristo*" a \$ 0.20 el ejemplar en rústica y \$ 0.30 muy bien encuadernados en tela. El primer tiraje de esa obra fué de veinte mil ejemplares.

Estos casos, que son otros tantos esfuerzos, demuestran bien evidentemente lo que digo más arriba: lo mucho que se puede obtener de nuestras imprentas en general.



Y

CLARO ESTA: NI POR PIENSO ME REFIERO A LAS TENDENCIAS DE LA MODERNA LITERATURA, COSA ESTA QUE, COMO EL LECTOR HABRA NOTADO EN EL CURSO DE ESTAS NOTAS, NO ME INTERESA TRATAR. ME REFIERO AL LIBRO LITERARIO PRESENTADO DE ACUERDO CON LAS CORRIEN-

tes editoriales modernas.—En este aspecto, en los últimos años, se ha dado un gran salto hacia adelante.

Lo inició con enérgica rotundidad de impulso la casa Arduino Hnos.,—hoy transformada en la “Impresora Uruguaya”—dando a la stampa primorosamente cuatro obras literarias: “El Libro de Ruth”, de Zorrilla; “Ensayos”, de Montero Bustamante; “Hermano lobo”, de Gustavo Gallinal; “Por las tres Américas”, de José Delgado. Esta última con un finísimo acierto artístico en la tapa o cubierta.

Con estas impresiones la edición uruguaya se pone, por derecho propio, a la altura de cualquier país del mundo que mejor produzca esa clase de obras. Es una afirmación rotunda, como dejo dicho, y es una promesa del verdadero regalo que ha de venir después.

¿Después? No mucho.

La misma casa, al transformarse en sociedad anónima, amplía y renueva toda su organización técnica, y en muy pocos meses lanza a la calle varias ediciones que paso a resumir brevemente, aunque quisiera hacerlo con la extensión que se merecen y que necesitan saber los que entre nosotros aun dicen que en materia editorial seguimos siendo tributarios de otros países.

De esas ediciones, que se han sucedido casi sin interrupción, destaco como principalísimas estas cuatro:

“Crónica de la Reja”, por Zavala Muniz;

“Poética y Plástica”, de Emilio Oribe;

"Poesías y leyendas para los niños", de Silva Valdés;
"Paja Brava", del "Viejo Pancho".

Se pueden admirar en esas obras bellísimas ilustraciones de Pastor (grabados en madera) en la de Zavala Muniz; de Giselda Welker en la de Silva Valdés,—de Castells en la del "Viejo Pancho".

En esos libros toda la técnica editorial está tratada y resuelta con seguridad, con firmeza y con franca dirección artística del mejor gusto. Impresión de los textos y de las ilustraciones; tipos; calidad del papel; formatos;—no hay detalle que no se haya resuelto con el firme propósito de producir obras de arte editorialmente consideradas. Y el propósito se ha logrado plenamente.

En "Paja Brava" hay para los entendidos un alarde técnico felizmente realizado, que sugiere la posibilidad de otras audacias por el estilo. Me refiero a la impresión en colores de la tapa. Se trata de un truco sencillísimo, pero no tengo el derecho de revelarlo.

Con eso a la vista se puede "buscar" mucho, pues para el tema tratado y otros análogos se puede obtener un gran realce para el color y la corporeidad del original.

Así, pues, todo, en esas ediciones, proclama la excelencia de nuestra producción editorial actual y el avance formidable que en ese sentido ha alcanzado el país a través de esa casa.

De su producción hay que mencionar, dentro del elogio general y superlativo, estas otras obras, también aparecidas hace muy poco:

Francisco Espínola: "Saltoncito", (Novela para niños).—Eduardo Dualde: "Rumbos", (Poesías).—Eduardo Dieste: "Teseo", (Crítica Literaria).—Edgardo Ubaldo Genta: "El Vigía", (Poesías).—Carlos Sabat Ercasty: "El Libro del Amor".—Giselda Welker: "La costa Despierta", (Poesías).—Alfredo Mario Ferreiro: "Se Ruega No Dar La Mano".—Julio Sigüenza: "Galicia Cara y Cruz", (Ensayos).

Se querrá saber a qué precios se venden esas obras, para hallar la explicación de tanta maravilla. Pues se venden a los precios corrientes en plaza y, algunas, más baratas que otras ediciones similares que vienen del extranjero.

En fin, impreso por esa misma casa, hemos podido admirar un magnífico álbum de 300 páginas, no destinado al comercio, que se refiere a un aniversario de la casa Mailhos. Está todo él impreso en papel ilustración, con dibujos de Bryan de Grineau y contiene trabajos de "Boy" y de Mezzera. El tamaño es en 4.º mayor. La obra, considerada tipográficamente, constituye una espléndida realización.

A su lado no desentona la edición de 300 ejemplares de la conferencia que Juana de Ibarbouroou dió sobre Julio Mendilaharsu. Se trata de un tiraje de 300 ejemplares numerados en papel verjurado y 6 en papel Japón. No se dedica al comercio.

En fin, no es posible pasar en silencio la primera conquista editorial de gran aliento obtenida por la "Impresora Uruguaya", consistente en ganar la licitación de *trescientos mil* volúmenes de obras de lectura para las escuelas primarias, cuya primera edición había sido hecha en París hace pocos años. A esa licitación se presentó otra casa nacional y la misma francesa antes aludida, ganándola la "Impresora" por notable diferencia de precio, según notició oportunamente la prensa y como ésta dijo, ello constituye un gran triunfo para las Artes Gráficas del país que, por lo tanto, debe enorgullecernos legítimamente.

Ante esos hechos y los que relato a continuación cabe preguntarse: ¿tienen razón los que dicen que en el extranjero se trabaja en ese ramo mejor que aquí y que hay que salir afuera para poder obtener una edición "como la gente"?

El lector, con estos datos a la vista, puede contestar por mí...



L

ESE A LOS BEOCIOS QUE TILDAN DE "LUJOSO" AL LIBRO SENCILLAMENTE ENCUADERNADO, LA ENCUADERNACION ES UN ELEMENTO EDITORIAL INDISPENSABLE. Y ES UN ASPECTO MUY IMPORTANTE DEL TRABAJO DEL HOMBRE EN DOBLE SENTIDO: PORQUE ES TRABAJO Y PORQUE, A VECES,

puede ser artístico. Debería serlo siempre.

En la encuadernación, nuestro país puede mostrar también su propio desarrollo, su progresivo desenvolvimiento. No es inferior al de muchos países y, cualquiera que sea la valorización artística que se dé a sus elementos aislados, es indudable que se trata de un esfuerzo "propio" que en la actualidad es más que respetable: digno de todo aplauso. Además, en lo que hoy se hace hay muy grandes y muy firmes promesas de lo mucho y bueno que es dable esperar para el futuro.

Desde tiempos antiguos se venían realizando en Montevideo las encuadernaciones más comunes que eran simplemente una imitación de las europeas: en cartón, en cuero, en tela. Su principal virtud era la duración, la solidez.

Hoy día ese mismo tipo de encuadernación ha mejorado muchísimo, dentro de sus características tradicionales, pero ya hace años que ha aparecido el tipo artístico que, en detalle y en conjunto, es algo muy nuevo y digno de todo encomio.

En esta actividad, creo que quien dió el primer paso hacia la renovación fué el editor y librero Maximino García, creando un tipo de encuadernación que, dentro de lo nuevo ofrecía una presentación severa y suntuosa a la vez, con diversidad de modalidades que forzosamente tenían que consultar los gustos más exigentes del público. Esas encuadernaciones han tenido mucho éxito, y aunque conservando

su tipo originario se han transformado con toda clase de recursos técnicos y artísticos hasta parar en verdaderas creaciones. Este es el tipo de encuadernación que se llama para "regalo". Y ya que hablo de Maximino García, justo es consignar, aunque sólo sea de paso, que él es uno de los primeros que intentó la edición llamada de "lujo", dando a la stampa 300 ejemplares en rico papel y tamaño 8.º mayor, de las obras de Delmira Agustini, algunos de los cuales también encuadernó con mucho gusto.

Pero el que, a mi entender imprimió en ese aspecto del libro una huella elevadamente artística fué Manuel de Castro — escritor, como se recordará, ventajosamente conocido — quien dejando completamente a un lado la ejecución industrial de las encuadernaciones, las concibió, las trató y las presentó como una obra de arte manual. ¡Bendita sea la hora en que así lo concibió, porque lo único que dignifica verdaderamente el trabajo del hombre es que "sus manos" lo hayan hecho!

Manuel de Castro, con motivos decorativos completamente nuevos, introduciendo en ellos una interpretación, un simbolismo sumario del texto de la obra, a través de una ejecución que, voluntariamente, se queda en los umbrales de un depurado primitivismo, muy a tono con los gustos artísticos de la época, ha renovado totalmente la encuadernación en nuestro país sólo con poner a contribución, en lo técnico, las expresiones y los recursos del cuero repujado. Presentadas en el extranjero, esas encuadernaciones han sido elogiadas como se merecen.

Después de Castro, una señorita extranjera,—belga,—Renée Mentior, radicada entre nosotros desde hace poco, continuando por el camino abierto por nuestro compatriota y siendo como es una acuarelista de nota y una dibujante que incluso puede enseñar como maestra, ha extendido esa zona de actividad y producido verdaderas "joyas" dentro de ella. Trata los cueros con una técnica más industrial, somete el repujado a la finalidad de realzar el dibujo y el

color; se preocupa más de servir, con sus talentos, la finalidad comercial que le impone el librero o el editor y, como una verdadera especialista, se ha dedicado a esos trabajos en todas sus manifestaciones, incluso dando clases.

Por último, los Talleres Gráficos "El Demócrata" han dado otro paso más en esa actividad, creando la que, a mi juicio, es la mejor sección de encuadernación que posee ninguna imprenta o casa editora del país. Esos "talleres" acaban de presentar un extenso muestrario de encuadernaciones que van desde el tipo "cartón", hasta el de piel de Rusia con su estuche, pasando por los tipos conocidos en cuero y en tela y con un gran surtido "de lujo" donde la fantasía y el gusto del encuadernador se han prodigado con el afán nobilísimo de cautivar al aficionado y al entendido en la materia. En esa casa se han "creado de nuevo", y de una manera perfecta, dos tipos de encuadernaciones que hasta ahora costaba mucho obtener: la "pasta española" y la "pasta valenciana". Ambos pueden admirarse en las creaciones de esa casa de una manera que nada dejan que envidiar a las importadas de España. Unase a ello un perfecto acabado de todo el trabajo, una solidez y uniformidad admirables, incluso en la encuadernación de libros rayados, y se comprenderá que se ha obtenido ahí un nuevo triunfo, tanto más enaltecido y lleno de esperanzas para el futuro, cuanto que los obreros que trabajan en esa casa y en esa sección son todos uruguayos nativos.

También, pues, en la encuadernación, nuestro país se ha libertado del extranjero. Sólo falta que la demanda del mercado ahinque la competencia abaratando los precios unitarios.



R

EPITO QUE AL REDACTAR ESTAS "NOTAS", NO ES MI DESEO HACER CRITICA DE VALORES ARTISTICOS PROPIAMENTE DICHOS. TOMO EN ESTE CASO A LA "ILUSTRACION" SOLO COMO UNO DE LOS TANTOS ELEMENTOS QUE COMPONEN EL TOTAL LIBRO. Y EN ESE SENTIDO, COMO EN

todos los demás, podemos enorgullecernos de poseer verdaderos valores. Entre éstos, no quiero citar más que a dos desaparecidos porque, de citar a los vivos, temería cometer la injusticia de olvidarme de alguno, lo que nunca me perdonaría. Pero es que, además, éstos, — los de hoy — se dan por añadidura. Con ello quiero decir que aunque no pudiésemos exhibir más que las obras de Barradas y Lanau, tendríamos indiscutible derecho a poner muy alto esos dos nombres como ilustradores de libros, cuya semilla artística ha fructificado ya en otros que hoy constituyen un motivo de legítimo orgullo para los grandes progresos que han alcanzado las Artes Gráficas en nuestro país.

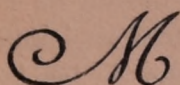
En este aspecto, pues, tampoco tenemos nada que envidiar, en "calidad", al extranjero. La "cantidad" no me interesa lo más mínimo.

T

TENEMOS IMPRENTAS Y LITOGRAFIAS; TENEMOS TIPOGRAFOS Y ENCUADERNADORES; TENEMOS ARTISTAS ILUSTRADORES. TENEMOS UNA NACION, ES decir, un público y autores que producen. ¿Quiere decir eso que está "completa" esa actividad de nuestra vida nacional? No. Falta un elemento que yo reputo principalísimo: el Editor.

y 3





E PONGO A ESCRIBIR ESTE ARTICULO TEMBLANDO... VOY A HABLAR DEL EDITOR... ¡Y LO QUE ES MAS TERRIBLE, VOY A HABLAR BIEN!... DEBO SER O MUY AUDAZ O MUY IGNORANTE. CUANDO UN CIUDADANO DE LA REPUBLICA DE LAS LETRAS HABLA ENTRE SUS COMPATRIOTAS DEL

Editor, ha de ser para vestir a éste con toda clase de improperios, pues de lo contrario lo menos que le van a llamar es "carnero"... ¡Dios me tenga en sus manos!

Pues sí, yo voy a hablar del Editor y voy a decir de él todo el bien que pueda y deba. Después, Dios dirá.

Ante todo, creo que si la memoria no me es infiel, yo he publicado ya, en los ocho lustros corridos que tengo de edad, algunos libritos o volúmenes. Creo, también, haber traducido otros pocos y haber sido alguna vez editor. La librería — sigo recurriendo a mi memoria — la conozco de dos maneras bastante curiosas y fidedignas: como comprador y como vendedor de libros. En las imprentas, antes de hacer sueltitos y gacetillas, antes de empezar a lucir mi pobre nombre, antes de que se me diese el espaldarazo de autor, he barrido el suelo, he recogido el plomo y las letras sueltas y he empezado a corregir siendo primero "atendedor". No sé si exagero, pero creo tener bastante claros los recuerdos de todo eso.

Y lo traigo ahora a colación con toda inmodestia, lo reconozco, porque quizá, sólo con esos datos a la vista se me reconocerá algún pequeño derecho a hablar de estas cuestiones.

Supuesto que se me reconoce así, continúo.

He dicho anteriormente, que *editar* es imprimir un libro que ha escrito un autor y distribuirlo convenientemente entre el público por intermedio de las librerías. Así, pues, tan-

to el *autor*, como el impresor, no hacen más que producir la *materia prima*. El editor es el que se encarga de hacerla llegar al consumidor.

Podemos dar a esa función un ligero barniz de erudición barata copiando de cualquier diccionario enciclopédico esta definición verbal: "La voz *edición* viene de las latinas *editio*, *editium*, *edere*: dar a luz".

Como se ve, esa definición limita por completo la función del impresor a su oficio, que es el de *imprimir*, uno de los más artísticos e importantes que el hombre posee. En cambio el editor es el que se encarga de *dar a luz*, de hacer llegar al público lo que ha impreso el impresor.

A veces estas dos funciones se reúnen en una sola persona o casa y he ahí por qué algunas veces leemos: "Fulano de Tal, impresor editor". Hay quienes creen que es una redundancia. Acaba de verse que no es así.

He dicho también que en el Nuevo Mundo no abundan los editores propiamente dichos; que los autores tienen que ser los editores de sus propias obras; que, entre esos autores abundan los que lo son por creer que siendo sus propios editores se libran de la "voracidad" y de la explotación de un editor.

Para los fines del presente ensayo — que se refiere únicamente a ciertos momentos culminantes de la producción editorial del país en el primer siglo de su independencia — limito el estudio de esos problemas a nuestro ambiente para poder ser más breve y más claro en las conclusiones. Quizá, en el fondo, lo que digo del Uruguay podría ampliarse a muchos otros países con muy ligeros toques. Pero, repito, quedémonos en el nuestro.

En el Uruguay, como en casi todo el mundo civilizado, se oye frecuentemente esta queja entre la gente de pluma y tintero, o de pluma-fuente:

—Los editores, todos son unos ladrones. Te estafan con un cinismo increíble. Nunca sabes cuántos ejemplares han impreso, ni cuántos han vendido, ni nunca ves una li-

quidación como la gente. Además no mandan los libros ni a la Argentina, ni a Chile, ni a ninguna parte. ¡No hablemos de España! Bueno, es que en el fondo, aquí no hay editores...

Si se comparan esas quejas con las que profieren a diario nuestros colegas de París, de Madrid, o de Berlín, hay que llegar a la conclusión de que nuestros compatriotas son modestos... Si no hay editores en esos grandes centros mundiales, ¿qué tiene de particular que no los haya en nuestra *gran aldea*? Pero claro: con sólo echar una ojeada de paso a las vidrieras de nuestras librerías se comprueba que los quejosos de marras lo son de puro mimosos, de vicio, porque ¡vaya si hay editores en aquellos países! Lo que hay es que, sin duda, no los hay en número suficiente para satisfacer a tanto y tanto *genio ignorado* como nace cada día... ¡y sólo Dios sabe si no es mejor que así sea!...

Es cierto, no obstante, que en las vidrieras de nuestras librerías, a veces, cuesta trabajo descubrir los libros nacionales, pero eso no quiere decir que aquí no haya editores. Conocidos ultimamente hay *siete u ocho* en plena y constante actividad, aunque la mayor parte de veces, sus opiniones como editores no estén de acuerdo con las nuestras como autores. Pero esta disparidad de criterio, nace del hecho de que los autores en general creemos, siempre, que el editor es algo así como un apóstol franciscano que tiene que arruinarse para dar a conocer al mundo nuestras producciones buenas o malas. ¿Y qué autor es el que dice que su producción es mala?

Los editores en general no dudan nunca del genio que nosotros los autores poseemos, pero desgraciadamente casi todas las obras geniales que publican se hacen viejas en sus depósitos. Y este hecho les obliga a ser cautos, a no editar más que lo que se vende. Porque la edición es un negocio como otro cualquiera y aún diré que, para llevarlo a cabo, se necesita ser muy culto, muy audaz y muy prudente. Tres condiciones que es muy difícil hallar reunidas en una sola persona.

El principal agravio que se echa en cara a los editores es que nunca pagan a los autores que editan, y los que más emplean ese proyectil son generalmente los autores menos leídos, los que recorren las casas editoriales ofreciendo un original para editarlo *aún sin ganar nada*. Al fin el editor toma en consideración la obra; si es inteligente y entiende en la materia, puede discernir si la obra vale o no, si será aceptada por el público, etc. Se publica la obra, y la venta, gota a gota, llega a detenerse cuando aun quedan en el depósito quinientos, seiscientos ejemplares ¡de una edición de ochocientos!... ¿Qué ha ganado el editor en esa obra? Ah, pero hete aquí que el mismo autor produce otra obra y ésta sí tiene éxito y se vende pronto. ¿Qué sucede entonces en la generalidad de casos? Simplemente que el autor, engreído con su éxito—que puede ser casual o momentáneo—le vuelve la espalda al editor que le hizo el *principal favor de lanzarlo al público* y, en adelante, entrega su producción a una casa grande, seria, formal, que es la que hace la verdadera ganancia a costas del editor primitivo. ¿Es esto honesto?

Cuando se producen esos casos es cuando el editor toma su desquite de los autores. ¡Hay que oírlos a éstos hablar de los editores! ¡Pero si mis colegas oyesen a los editores hablar de ellos!...

Indudablemente: hay editores que son unos desahogados. Pero no lo son más, ni en mayor número, que sus correligionarios de otras profesiones. Y estos desahogados prosperan porque hay quienes se dejan despojar por ellos.

De todo lo que yo he tenido que ver con editores de ambos mundos, el único que me ha estafado fué uno de Buenos Aires, que tiene bien acreditada su nombradía de ladrón, de estafador y de sinvergüenza. El tal tipo me encargó una vez una traducción muy difícil del inglés. Yo no pude establecer precio previamente, pues no sabía cuánto tiempo y trabajo emplearía en la traducción. El editor me dijo que me pusiera a trabajar cuanto antes y que, al terminar, le dijese cuánto tendría que pagarme, procurando

no excederme en el precio. Trabajé asiduamente durante cuatro o cinco meses. Estoy seguro de haber producido una traducción correcta, como lo prueba el hecho de que otra que luego se hizo en España de la misma obra no modificó en nada la mía que, además, tenía notas aclaratorias, etc. Pues bien, por ese trabajo, yo pedía 160 pesos oro uruguayo. El ladrón de marras me pagó *ochenta*. Luego, supe que en Buenos Aires muchos autores han tenido que abofetear a ese vulgar estafador por razones análogas. Reconozco, no obstante que, en mi caso, la culpa fué mía, pues debí enterarme de quién se trataba y, de haberlo sabido, no hubiera aceptado su encargo. En general, puede decirse que esos ladrones viven debido a esas inexperiencias.

Quiero citar ahora un hecho histórico para demostrar que también los editores se arruinan a veces por un autor.

Cuando salió a luz la primera edición de "Los Miserables" de Víctor Hugo, éste se hallaba fuera de París. Al cabo de unos días envió a su editor un telegrama con este signo: (?), poniendo debajo la firma. El editor le contestó así (!) y la firma debajo. Quería decir que la venta era grande.

Después, ese editor publicó "El hombre que ríe", del mismo Hugo, y llevado por el éxito anterior, pagó muy bien el original; gastó mucho en publicidad; hizo una gran edición. Pues bien, ésta, fué la ruina del editor, porque la obra *no se vendió*.

¿Quién había de resarcir al editor de su dinero perdido?

Todos esos hechos y muchísimos más que podría relatar han propiciado ese estado de recelo contra el editor, que ha llevado a muchos autores a ser sus propios editores.

Volvamos a casa.

En nuestro país, ser editor de la propia obra significa reducirse a vegetar en el solar patrio. Ninguno de nosotros tiene carácter y disciplina suficiente para organizarse *comercialmente* y difundir en el extranjero, ni aun en el interior del país, su obra o sus obras. El solo hecho de dis-

tribuir los ejemplares entre las librerías de la ciudad supone ya un trabajo comercial que no todos saben realizar debidamente. No hablemos de cuando hay que remitir paquetes al exterior.

De ahí que se haya dado en esa nueva modalidad editorial de buscar una casa responsable que "administre" las obras. (Creo que pertenece a París y a Buenos Aires la creación de ese sistema que, al menos por lo que hace al Río de la Plata, empezó a practicarse a comienzos del presente siglo). Esa administración consiste en que una vez impresa la obra y pagada por el autor al impresor, la casa administradora se posesiona de toda la edición y se encarga de colocarla mediante una comisión que oscila, por lo general, entre el 40 y el 50 por ciento sobre el precio de venta. (Sé de una casa española que acaba de pedir el 60 para hacer ese trabajo en España, con una obra nacional).

¿Qué beneficios reales y mayores obtiene el autor con ese procedimiento, sobre los que podría obtener de un editor? Yo no lo veo por ninguna parte.

La casa administradora, como no expone capital ni trabajo alguno, no se preocupa mayormente por la colocación de la obra, a no ser que se trate de un autor *muy solicitado*, en cuyo caso *cualquiera* puede administrarlo.

Y por ese trabajo de simple distribución, por cuanto en la mayoría de los casos la propaganda comercial corre por cuenta del autor, la casa distribuidora percibe un beneficio líquido que oscila entre el 15 y el 20 por ciento, pues es preciso dejar a las librerías un margen del 25 ó el 30 por ciento.

¿En qué casos un editor, en el Uruguay, percibe mucho más del 15 ó 20 por ciento de beneficio sobre el capital invertido en cada obra que edita?

Ahí reside, para mí, todo el problema. Si yo percibo como autor lo que en justicia debo percibir, por intermedio de una casa administradora, ¿qué inconveniente hay en que reciba ese mismo importe de manos de un editor? Con éste

puedo, o no, establecer mi ganancia a base de un porcentaje o de una suma dada. En cualquiera de los casos para mí, como autor, la operación es más directa y más fácil, ganando lo mismo; en realidad, con menos preocupaciones y dolores de cabeza. Luego, ganando mucho más, porque no tengo que ocuparme ni de pagar a la imprenta, ni de buscar administrador, ni de vigilar la puesta en venta en las librerías, ni esperar largos plazos para las liquidaciones. Todo esto, repito, significa un engranaje comercial que no es de mi incumbencia como autor. Está del otro lado de mi competencia; pertenece al aspecto industrial del libro.

Contra todos esos beneficios, a mí me importa muy poco que el editor gane tanto o cuanto, si yo empiezo por ganar lo que creo justo. Plantear de otra manera los términos del problema, entre nosotros, es estar en las nubes o pretender envenenar una cuestión que debe resolverse en absoluta buena fe y cordialidad, y sobre contratos perfectamente acordados.

Pero supongamos que haya un autor — como el argentino Hugo Wast, por ejemplo — que, después de escribir sus obras, sepa ser un inteligente editor de las mismas. Ahora bien: el solo hecho de que en toda Sud América no se pueda citar más que ese caso, como coronado por el más franco éxito, ¿no quiere decir bien a las claras que se trata de un caso raro y que su reproducción es extremadamente difícil?

Pero hay más precisamente con relación a Hugo Wast. En primer lugar, siempre tuvo una casa *administradora* de sus obras. Y después, cuando su fama pasó las fronteras continentales, no tuvo más remedio que establecer acuerdos con editores de varios países para velar por sus intereses, sin contar con que, en Buenos Aires, tiene ahora dos casas que administran sus producciones.

¡Y se trata de un autor difundidísimo, cuyas ediciones se imprimen por millares y millares de ejemplares!

¿Quién hace otro tanto en nuestro país?

Hugo Wast puede tener muchas pretensiones respecto

a los editores o las casas administradoras porque con sus obras escritas tiene en la mano un verdadero capital *realizable*. ¿Quién de nosotros puede decir otro tanto?

El autor uruguayo, en general, no pasa hambre, como sucede en otros países. Aquí, donde nadie vive de su pluma, todos tenemos otros medios de vida, por lo menos, "para ir tirando". Pero de eso a disponer de capital para las propias ediciones y esperar los resultados de la venta para resarcirse de aquel gasto, hay una gran distancia.

Hace falta, pues, el editor.

Tal es la primera conclusión de esta última parte de estas "Notas": el editor es tan indispensable para el autor como el impresor. Y los tres juntos son tres factores esenciales para el progreso de las Artes Gráficas de un país dentro de la producción librera.

Ya he hablado bastante de ese progreso en el Uruguay en los cien años de independencia nacional. Concluiré este artículo haciendo resaltar la parte que en el futuro se puede esperar del Editor en ese mismo aspecto.

La existencia del Editor indica la existencia de una fuerza económica X. El verdadero editor no se limita a permanecer de brazos cruzados detrás de un mostrador esperando ofertas de obras. El Editor es, principalmente, un hombre de su tiempo, conoce su época; sabe, pues, cuáles son las modas y las aficiones imperantes y cuáles son las corrientes ideológicas que no pasan, así como la producción que *siempre se vende*. En ese campo navega y en él tiene que prosperar. Por lo mismo, si los autores que necesita no van a él, él irá a los autores, e incluso estimulará a alguno y le insinuará la conveniencia de que se dedique a tal o cual género. Sé de editores que de esa manera han sido verdaderos maestros o descubridores.

A grandes rasgos, tal es el ideal del Editor.

Volvámonos a la realidad.

El Editor nunca tiene una sola obra en prensa, sino tres o cuatro, cuando no muchas más. Quiere decir, pues, que para las imprentas, el Editor es un "cliente" de mucha

importancia. Y, desde luego, cuando la imprenta es al mismo tiempo editora, esta actividad es de primordial trascendencia.

Diversos aspectos en que el Editor es factor importante en las Artes Gráficas: la producción del papel; la creación de tipos nuevos, o de la competencia de precios en el costo de la producción; la encuadernación, los dibujantes o ilustradores. Y cuando todo eso que ha realizado a satisfacción durante solo cuatro o cinco años, el Editor puede ofrecer ya un catálogo respetable de obras, una colección de autores y con este segundo aspecto hétenos aquí que el Editor tiene en sus manos no sólo un resorte de la producción nacional, sino también otro de la cultura patria compuesto por "sus autores".

He aquí dos ejemplos—y no son los únicos—que los leídos no me discutirán: la casa Alcán de París; la "Revista de Occidente" de Madrid.

En cierto modo, esos mismos fenómenos se pueden observar en nuestro país: dos editores crean el libro barato, el libro popular: Bertani y Claudio García; otro, da impulso, ahora, al libro de texto: Monteverde, que, además de ser una antigua librería y casa editora, ha implantado hace poco una imprenta con su sección de encuadernación; otro, afirma la edición literaria artísticamente presentada: la "Impresora Uruguay", que, sobre traer nuevas maquinarias ha importado papeles especiales para sus producciones.

¿Qué "autor" puede hacer otro tanto?

Ahí está, pues, bien claramente señalado, el camino que hay que seguir: el autor a producir todo lo mejor que pueda; el impresor a imprimir y el Editor a editar que, por la cuenta que le tiene, siempre tratará de hacerlo lo mejor que pueda, con lo cual el progreso notable que ya han alcanzado nuestras Artes Gráficas, se acrecentará hasta lo infinito.

D

ADAS LAS CORRIENTES PROTECCIO-
NISTAS QUE SIEMPRE SIGUEN NUES-
TROS GOBIERNOS—(DESDE LUEGO, NO
SIEMPRE BIEN ORIENTADAS)— QUIZA

habría que hablar ahora de la protección que los Poderes Públicos prestan, o deberían prestar, a los editores, a los impresores, o a los autores. Pero este problema—que son “varios”—es amplísimo y difícil de desentrañar y, aunque no creo carecer de datos, exponerlos para llegar a una conclusión viable me llevaría demasiado lejos y ello, para mí, no se refiere ya tan directamente al punto de vista que he adoptado en este ensayo. (1)

Quedará para otra oportunidad si veo que hay quien se interese por ello.

7-III-981.



(1) Tampoco me olvido de la crítica. Pero, ¡ay!, “peor es meneallo”...

LOS TRES ARTÍCULOS QUE

comprende este opúsculo, fueron publicados en el diario «Imparcial» de Montevideo en las fechas que al final de cada uno se indican, constituyendo la presente publicación, que ofrece ligeras variantes con respecto al texto periodístico, la edición original, compuesta de mil ejemplares no destinados al comercio, sino distribuidos entre algunas casas del ramo y la Biblioteca Nacional, que contribuyeron a sufragar el costo de la impresión. Esta se llevó a cabo en los talleres gráficos de la «Impresora Uruguaya», s. a., calle Cerrito, esq. Juncal, Montevideo, quedando terminada el 15 de Abril de 1931.

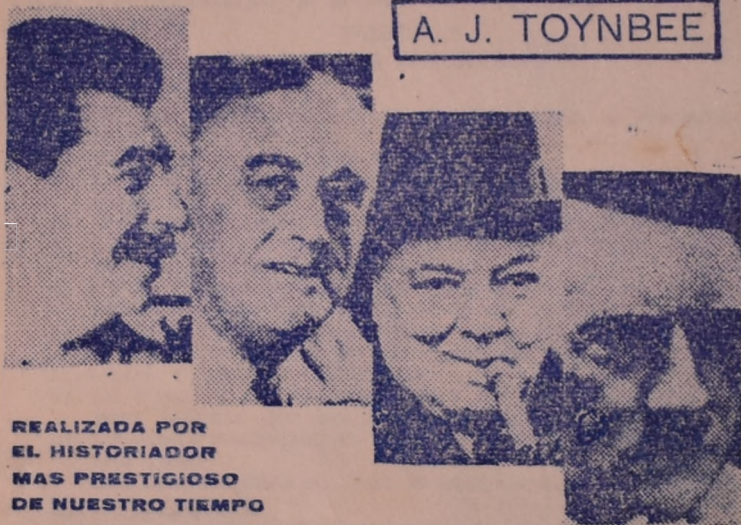
LAUS DEO.



Arnold R. Bee

**UN PERIODO CLAVE
DE NUESTRA HISTORIA**

A. J. TOYNBEE



REALIZADA POR
EL HISTORIADOR
MAS PRESTIGIOSO
DE NUESTRO TIEMPO

**Historia
Contemporánea**

Una obra imprescindible para la comprensión
del mundo de nuestros días

4 volúmenes con
una excepcional
documentación.

EN UNA
EDICION
VERGARA
(Barcelona)

ENVIE ESTE CUPON SOLICITANDO INFORMACION

INTERLIBROS - AGRACIADA 2022
MONTEVIDEO

NOMBRE

PROFESION

DOM. PART.

DOM. COMER.

CIUDAD

Conferencia en el Graninfo el
13 Setiembre 1966. Toynbee

MB

